

ENSAYO

LA IMPORTANCIA DEL IDIOMA ESPAÑOL PARA LOS ILUSTRADOS CADALSO, FEIJOO Y EL PADRE ISLA

por Ma. Silvia Alvarez

I. INTRODUCCION

De entre las constantes preocupaciones que ocupan las mentes de los ilustrados españoles, en su afán de procurar la prosperidad y la dicha, la cultura y la dignidad a su patria, me interesó particularmente el deseo tan grande que muestran por hacer que el español tome conciencia de la importancia del idioma como factor cultural fundamental para hacer que la nación logre progresar moralmente. Progreso que ellos consideran más importante aún que el progreso material, pues piensan que “se adelantará mucho cuando la vida sea menos dura y miserable, cuando el obrero de las ciudades y el jornalero de los campos, mejor tratados por sus patrones, adquieran conciencia de su dignidad humana”:¹ y puesto que el debido conocimiento de su idioma permite a un pueblo tener mayor acceso a la cultura y despertar, asimismo, un mayor interés por el estudio, gracias a estos factores fundamentales para la superación del individuo, “el nuevo hombre se lanzará fuera de las disciplinas estrechas y anticuadas y conocerá entonces sus fuerzas y sus obligaciones”.²

II. DECADENCIA DEL IDIOMA ESPAÑOL EN EL SIGLO XVIII E IDENTIFICACION DE LOS ILUSTRADOS ESPAÑOLES CON LOS ESCRITORES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

La lucha a la que los ilustrados españoles se habían comprometido, no sólo comprendía el arrancar al español de la indigencia material e intelectual en que se encontraba, sino, además, los movía el deseo de devolver a España la prosperidad económica y la grandeza espiritual que conoció en los Siglos de Oro. Y precisamente el problema de la decadencia del español en el siglo XVIII los lleva a identificarse con los grandes escritores de los siglos XVI y XVII, porque como dice Sarrailh “rinden culto a esa excelsa expresión del

¹ Jean Sarrailh, *La España Ilustrada*, p. 13.

² *Idem.*

genio nacional que es la lengua de un pueblo”,³ pues para Feijoo “primero se quita a un reino la libertad que el idioma. Aun cuando se cede a la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas y corazones”.⁴ Y manifiestan asimismo su afán de liberarse de la tradición y de sus leyes, como también nos lo demuestra Feijoo cuando dice: “El empréstito de voces que se hacen unos idiomas a otros es, sin duda, útil a todos, y ninguno hay que no se haya interesado en este comercio. . . . Lo más singular es que siendo la castellana que hoy se usa dialecto de la latina, se halla que la latina mendigó algunas voces de la lengua antigua española”⁵ (cita como ejemplo la voz lancea), y por lo que toca a los escritores piensa lo siguiente: “¿Qué autor latino escribió con más claridad y copia la mística que Santa Teresa? . . . Nótese que en todo género de asuntos escribieron bien algunas plumas españolas sin mendigar nada de otra lengua. . . . En los asuntos poéticos, ninguno hay que las musas no hayan cantado con alta melodía en la lengua castellana. Garcilaso, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Mendoza, Solís y otros muchos, fueron cisnes sin vestirse de plumas extranjeras.”⁶ Lamentándose de que el español haya perdido aquella belleza de que entonces gozó, y como ejemplo de esto tenemos las siguientes palabras de Cadalso: “¿Quién creyera que la lengua tenida universalmente por la más hermosa de todas las vivas dos siglos ha, sea hoy una de las menos apreciables? Tal es la prisa que se han dado a echarla a perder los españoles. El abuso de su flexibilidad, digámoslo así, la poca economía en figuras y frases de muchos autores del siglo pasado, y la esclavitud de los traductores del presente a sus originales, han despojado este idioma de sus naturales hermosuras, cuales eran laconismo, abundancia y energía”.⁷

III. LA MISERA ENSEÑANZA QUE DEL ESPAÑOL SE HACIA EN EL SIGLO XVIII

La miseria espiritual de que era víctima la masa rural hace que los ilustrados españoles reclamen a grandes voces la fundación de escuelas. Sin embargo, una vez establecidas éstas, el problema no termina ahí, ya que según podemos constatar siguiendo a Gerundico, el simpático personaje creado por el padre Isla, la enseñanza que en ellas se da, aparte de ser elemental, se imparte tan mal que nuestro autor hace patente su disgusto contra el Estado por no preocuparse de su calidad: “La culpa de esa fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados, que admiten como maestros de escuela a unos idiotas que no valían ni aun para monacillos.”⁸

Es importante señalar que la escuela a la que asiste Gerundico no se trataba de una primaria propiamente, sino de una de las llamadas de latinidad, que eran escuelas diseminadas por las poblaciones rurales, generalmente a la sombra de algún convento, y que, por otra parte, representaban para los campesinos el único camino, el de la carrera eclesiástica, por el cual sus hijos

³ *Ibid*, p. 399.

⁴ Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, vol. I, p. 225.

⁵ *Ibid*, p. 223.

⁶ *Ibid*, pp. 22, 223.

⁷ José Cadalso, *Cartas Marruecas*, p. 132.

⁸ José Francisco de Isla, *Obras escogidas del padre. . .*, p. 76.

podían evadirse de la ignorancia que ellos padecían y de la esclavitud de que les hizo víctima el cultivo de la tierra.

Ahora bien, la enseñanza del español que se hacía en ese tipo de escuelas era tan desastrosa, que resulta divertida de tan disparatada. Así por ejemplo, el padre Isla nos refiere que en cuestión de ortografía había libros tan malos, en los cuales los maestros aprendían, entre otras cosas, que se había de escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna que no se pronunciase. Estos ortografistas ponían el siguiente párrafo:

“El ombre ke kiera escribir corectamente, uya qanto pudiere de escribir akellas letras ke no se egspresan en la pronunciación, porke es desonra de la pluma, ke debe ser buena ija de la lengua, no aprender lo ke la enseña su madre, etcétera. Cuéntese las *u u* que se ahorran en sólo este periodo, y por aquí se sacará las que se podían ahorrar al cabo del año en libros, instrumentos y cartas; y luego extrañarán que se haya encarecido el papel.”⁹

Pero más disparatado aún resultó lo que este tipo de lecturas sugería a los maestros de ideas extravagantes, como sucedió con el maestro de Gerundico, quien se creyó con demasiada inteligencia como para idear un nuevo método que vendría a revolucionar todo lo que hasta entonces se había escrito sobre ortografía española. “—¡ Válgame Dios! —pensaba—. Las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventaron para ser representación de las palabras; con que, por fin y postre, ellas también vienen a ser representación de los conceptos. Pues ahora aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe, ésas serán las más adecuadas; y así, cuando yo concibo una cosa pequeña, la debo escribir con letra pequeña, y cuando grande con letra grande. . . Así que en esta mi ortografía se logra, lo primero, la propiedad de las letras con los conceptos que representan; lo segundo, el decoro de las personas de que se trata; el tercero el llamar la atención de los lectores. Y podía añadir el cuarto, que también se logra la hermosura del mismo escrito.”¹⁰

Claro está que este tipo de enseñanza daría como resultado que el discípulo no aprendiese nada más que barbaridades, aumentado así, el desconocimiento y poco respeto que los españoles tenían a su lengua. Y con un estilo bastante jocoso, el padre Isla nos demuestra el grado de “adelantamiento” que había alcanzado Gerundico:

“—¿Vaya otro ochavo a que no me dice usted cómo se escribe burro, con *b* pequeña, o con *B* grande?”

“—Hijo— respondió el buen religioso—, yo siempre le he visto escrito con *b* pequeña.

“—¡ No señor! ¡ No señor! — le replicó el muchacho —Si el burro es pequeño y anda todavía a la escuela, se escribe con *b* pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se escribe con *B* grande; porque dice señor maestro que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pierna de vaca se ha de escribir con *P* mayor que una pierna de carnero.”¹¹

En cuanto a la enseñanza de hablar correctamente la lengua castellana, nos refiere el padre Isla que, no obstante los maestros de esta época sabían que aquel que se dedica a la educación de los niños “debe poner particular cuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna con pureza y con propiedad, por cuanto enseña la experiencia que la incongruidad, barbarismo y solecismos con que la hablan toda la vida muchos nacionales dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas que se les pegan cuando

⁹*Ibid.*, p. 77.

¹⁰*Idem.*

¹¹*Ibid.*, p. 80.

niños".¹² Era de esperarse que quien "era tan presumido y tan exótico en el modo de concebir", así como había inventado una extravagantísima ortografía, se creyera lo bastante autorizado como para inventar una lengua no menos extravagante, enseñando a sus discípulos que no se debía usar sustantivos de género masculino que hicieran referencia, o estuvieran sustituyendo, a sustantivos femeninos. Es decir, que "si los hombres eran testigos, las mujeres se habían de llamar testigas", que si ellos "sujetos", ellas "sujetas", que la expresión "era una mujer no común, era un gigante", debía decirse "era una mujer no comuna, era una gigante".¹³ Lo mismo pensaba con respecto a los artículos, y les enseñaba que nunca dijeran el alma, el arte, el agua, sino "la alma", "la arte", "la agua".¹⁴

Otra de las tonterías que aprendían los alumnos era, por ejemplo, que debían desterrar de su léxico todos aquellos verbos y sustantivos que comenzaban con "arre", como "arrepentirse", "arremangarse", "arreglarse", "arreo", etcétera, porque, según su maestro, "hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros o de machos a las personas".¹⁵

Todo lo anterior nos da una idea de la enseñanza tan lamentable que se hacía del español dos siglos atrás en España, interpretada por el padre Isla con un estilo tan sencillo y divertido en su *Fray Gerundio de Campazas*, que por un momento sus lectores nos olvidamos que su propósito es criticar por medio de la sátira, aparte de este tema que particularmente me interesó, un estado de cosas que impedían el progreso tanto espiritual como material de España, y nos reímos tanto con su lectura, como si se tratara de una tira cómica y no de una obra tan importante para juzgar la España dieciochesca.

IV. SITUACION EN QUE EL IDIOMA SE ENCONTRABA

El mal uso que los españoles habían hecho de su lengua los hizo caer en ciertos vicios lingüísticos, que Cadalso da dos alternativas que expresan su honda preocupación por la mala situación del castellano en su siglo: "O inventar un idioma nuevo o volver a fundir el viejo porque ya no sirve."¹⁶

Pero ¿qué fue exactamente lo que le había llevado a formular un juicio tan pesimista? Ahora trataré de explicarlo.

a) *Abuso de las voces que crea confusión*

Primeramente nos encontramos con el sentido abusivo dado a sus voces por los españoles, principalmente por los habitantes de la capital, en el trato civil, lo cual produjo oscuridad y confusión en las mentes de quienes sí hacían uso de su idioma con propiedad, ya que se olvidaron del sentido primitivo de palabras como amar, servir, favorecer, estimar, etcétera, y les dieron interpretaciones tan diferentes que, por ejemplo, según el mismo Cadalso, un provinciano que no estuviera instruido en la nueva interpretación del lenguaje, se daría por engañado al creer que podía confiar en lo que veía escrito, porque una cosa era la que se expresaba con frases sumamente cordiales y afectivas, con lo cual aparentemente se ofrecía una cosa, y otra muy distinta la que se daba realmente.

O bien, otro de los casos donde Cadalso veía claramente la confusión que

¹² *Ibid.*, p. 78.

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ José Cadalso, *op. cit.*, p. 60.

había hecho del español un idioma ininteligible era el desuso en que habían caído los adjetivos “bueno” y “malo” sustituyéndolos por otros que, lejos de ser equivalentes, causaban confusión en el trato común; por ejemplo, se decía “Hermoso regimiento” y nunca “Este regimiento está bueno” (hoy nosotros diríamos es bueno), o bien, “Fatal es ese hombre”, en vez de “Ese es un hombre malo”.¹⁷

b) El lenguaje según la moda de la época crea oscuridad

En el siglo XVIII, como sucede en nuestros días y creo ha sucedido siempre, la forma de hablar de los jóvenes era sumamente extravagante, llena de extranjerismos y de formas inventadas por ellos que eran completamente indecifrables para los ilustrados, como sucedía con palabras como “tour”, “deshabillé”, “bonete de noche”, “toaletas”, “cropandinas”, “maitre”, etcétera, y expresiones como “Hoy no ha sido día en mi apartamento hasta medio día y medio;. . . La pequeña pieza que han anunciado para el lunes que viene es muy galante; pero los actores son pitoyables. . . La Mayorita cantó una cavatina pasablemente bien. . . El que hace los amorosos no jugaría mal pero su figura no es proveniente. . .”¹⁸, entre otras, lo cual hacía pensar así a Cadalso:

“. . . esta mudanza de modas es muy incómoda, hasta para el uso de las palabras, uno de los mayores beneficios en que la naturaleza nos dotó. Siendo tan frecuentes estas mutaciones y tan arbitrarias, ningún español, por bien que hable su idioma este mes puede decir: el mes que viene entenderé la lengua que me hablen mis vecinos, mis amigos, mis parientes y criados”.¹⁹

No obstante que el autor de las *Cartas Marruecas* estaba consciente de que todas las lenguas del mundo son de naturaleza cambiante, y que “en España como en todas partes, el lenguaje se muda al mismo paso que las costumbres, y es que, como las voces son invenciones para representar las ideas, es preciso que se inventen palabras para explicar la impresión que hacen las costumbres nuevamente introducidas”²⁰, le resulta imposible entender el lenguaje usado por los jóvenes de su época y, por lo tanto, pretendía estatizar el español mediante la creación de un vocabulario que él llamaría “Vocabulario nuevo al uso de los que quieran entenderse y explicarse con la gente de moda para el año de mil setecientos y tantos y siguientes, aumentado, revisto y corregido por una Sociedad de varones insignes, con los retratos de los principales”²¹, pretensión que en mi opinión resultaba ridícula, a más de imposible, porque no se puede sujetar una lengua a ciertas normas precisamente por estar ella misma sujeta al cambio constante; por lo tanto, creo que tratar de fijar cada año las costumbres para el siguiente y, en consecuencia, establecer el idioma que se hablaría durante sus trescientos sesenta y cinco días como aconsejaba nuestro autor, era un trabajo completamente inútil.

c) Infiltración de la corriente lingüística francesa

La invasión de voces francesas sufrida por el español en el siglo XVIII fue tan marcada, que ninguno de los ilustrados españoles olvida tratarla en sus obras.

¹⁷ *Ibid.*, p. 113.

¹⁸ *Ibid.*, p. 109.

¹⁹ *Ibid.*, p. 111.

²⁰ *Ibid.*, p. 110.

²¹ *Ibid.*, p. 111.

Ya hemos visto en el inciso anterior cómo los jóvenes en España infectaban su lenguaje cotidiano con bastantes palabras francesas. Sin embargo, lo que en este caso considero que lo hacían con el único fin de crear un lenguaje que los identificara, una especie de lenguaje en clave para entenderse sólo entre ellos, un lenguaje ideado por jóvenes para jóvenes usado con la mayor naturalidad, sin nada de presunción, se extendía a un número considerable del resto de la población, especialmente entre los empleados al servicio de la corte, por mero snobismo o afectación, como sucedía con don Carlos Osorio, personaje al cual el padre Isla reviste de un afrancesamiento muy chusco:

“Don Carlos parecía un Monsieur hecho y derecho, y por lo que tocaba a él, de buena gana trocaría por un monsieur todos los dones del Espíritu Santo, le sonarían mejor, y acaso les solicitaría con mayor empeño si se llamasen monsieurs.”²²

Era considerable la cantidad de vocablos franceses que esta clase de españoles, debido al poco respeto y amor que sentían por su lengua, habían introducido al español “con no poco dolor de los españoles de juicio y de meollo”²³ según el padre Isla, y cuya necesidad era nula dentro de nuestra lengua, pues la riqueza del castellano no sólo le permite ser autosuficiente, sino, además, posee un gran número de voces que no encuentran equivalente en la lengua francesa, como lo señala Feijoo en su *Teatro crítico*: “Son muchas las voces castellanas que no tienen equivalente en la lengua francesa y pocas he observado en ésta que no la tengan en la castellana”²⁴, y cita como ejemplo la palabra desenvoltura, que no tiene en francés una voz que la signifique, en cambio el español tiene todavía dos equivalentes más: despejo y desembarazo. Y añade además: “A infinitos españoles les oigo usar de la voz remarcable diciendo: es un suceso remarcable, una cosa remarcable. Esta voz francesa no significa más ni menos que la castellana notable; así como la voz remarque, de donde viene remarcable, no significa más ni menos que la voz castellana nota, de donde viene notable. Teniendo, pues, la voz castellana la misma significación que la francesa y siendo, por otra parte, más breve y de pronunciación menos áspera, no es extravagancia usar de la extranjera, dejando la propia?”²⁵

El padre Isla por su parte opina: “. . .es ligereza ajena de nuestra gravedad española y desestimación injuriosa a nuestra lengua, introducir en ella voces que no necesita y modos de hablar que no hacen falta”²⁶, y pone varios “francesismos” utilizados para sustituir a los correspondientes equivalentes castellanos: “villaje”, por “páramo”; “libertinaje”, por “disolución”; “libertino”, por disoluto; “sentimientos”, por “gustos”; “no merecer la pena”, por “es digno de desprecio”; “acusar el recibo de una carta”, por “avisar que se recibió”; etcétera, etcétera.

Resulta igualmente criticable para los ilustrados españoles la opinión de muchos de sus coetáneos de preferir la lengua francesa a la española por la suavidad de su pronunciación, a lo que el padre Isla contesta con su gracia característica: “Como esto de sonar mejor es cosa respectiva a los oídos, y ha habido hombre a quien sonaba mejor el relincho del caballo que la cítara de Orfeo, no me empeñaré en negarlo ni concederlo, sólo aseguro a vuestra merced, que a mí, como buen español, nada me suena tan bien como lo que está

²² J. F. de Isla, *op. cit.*, p. 193.

²³ *Ibid.*, p. 196.

²⁴ B. J. Feijoo, *op. cit.*, p. 222.

²⁵ *Ibid.*, p. 224.

²⁶ J. F. de Isla, *op. cit.*, p. 196.

recibido en nuestra lengua, y esto es con ser así que no soy del todo peregrino en las extranjeras.”²⁷

Y Feijoo aclara: “. . . puede asegurarse que los idiomas no son ásperos o apacibles sino a proporción que son o familiares o extraños. La desigualdad verdadera está en los que lo hablan, según su mayor o menor genio y habilidad. . . No ignoro que en opinión de muchos críticos hay unos idiomas más oportunos que otros para expresar determinados afectos. . . Es cierto que los franceses pronuncian más blando, los españoles más fuerte. La lengua francesa (digámoslo así) se desliza, la española golpea. Pero, lo primero, esta diferencia no está en la sustancia del idioma, sino en el accidente de la pronunciación; siendo cierto que una misma dicción, una misma letra, puede pronunciarse o fuerte o blanda, según la varia aplicación del órgano, que por la mayor parte es voluntaria. . . Lo segundo, digo, que aun cuando se admitiese esta diferencia entre los dos idiomas, más razón habría de conceder el exceso al castellano, siendo prenda más noble del idioma una valentía varonil que una blandura afeminada”.²⁸

V. CAUSAS DE SU EMPOBRECIMIENTO:

a) Desconocimiento

El sector que más contribuyó a la corrupción del idioma fue el de los malos traductores; por lo tanto, son objeto de las más terribles críticas por parte de los ilustrados. “Los malos, los perversos, los ridículos, los extravagantes traductores —dice el padre Isla— son los que nos han echado a perder la lengua, corrompiéndonos las voces tanto como el alma; ellos son los que han pegado a nuestro pobre idioma, el mal francés para cuya curación no basta todo el mercurio preparado por la discreta pluma del discreto Farmacopolo.”²⁹

Y coinciden en acusarlos de no conocer los recursos de su lengua materna y los misterios de las lenguas extranjeras. Cadalso considera que “. . . los españoles del día parecen haber hecho asunto formal de humillar el lenguaje de sus padres. Los traductores e imitadores de los extranjeros son los que más han lucido en esta empresa. Como no saben su propia lengua, porque no se sirven tomar el trabajo de estudiarla, cuando se hallan con una hermosura en algún original francés, italiano o inglés, amontonan galicismos, italianismos y anglicismos, con lo cual consiguen todo lo siguiente:

- 1o. Defraudan el original de su verdadero mérito, pues no dan la verdadera idea de él en la traducción.
- 2o. Añaden al castellano mil frases impertinentes.
- 3o. Lisonjean al extranjero haciéndole creer que la lengua española es subalterna a las otras.
- 4o. Alucinan a muchos jóvenes españoles, disuadiéndoles del indispensable estudio de su lengua natal.”³⁰

El padre Isla, particularmente enemigo de los traductores de libros franceses, opina:

“Traductores de libros franceses: no los llame vuestra merced así; llámelos vuestra merced traductores de su propia lengua y corruptores de la ajena,

²⁷ *Idem.*

²⁸ B. J. Feijoo, *op. cit.*, pp. 220-221.

²⁹ J. F. de Isla, *op. cit.*, p. 197.

³⁰ J. Cadalso, *op. cit.*, p. 133.

pues como dice el italiano con gracia, los más no son traducción, sino traición a uno y a otro idioma, a la reserva de muy pocos. Todo el resto eche vuestra merced a pares y nones, y tenga entendido que es la mayor peste que ha infeccionado nuestro siglo. . . Hay peste de traductores; pero casi todas las traducciones son peste; son una malas y aun perversas traducciones gramaticales, en que a buen librar, queda tan estropeada la lengua traducida, como aquella en que se traduce; pues se hace de las dos un patorrillo que causa asco al estómago francés y da ganas de vomitar al castellano. Ambos desconocen su idioma; cada uno entiende la mitad, pero ninguno todo.”³¹

b) Menosprecio del español

Con respecto al menosprecio de que era objeto el español en el siglo XVIII, Feijoo escribe lo siguiente: “Los que han peregrinado por varias tierras, o sin salir de la suya comerciando con extranjeros, si son picados tanto cuanto de la vanidad de espíritus amenos, inclinados a lenguas y noticias, todas las cosas de otras naciones miran con admiración; las de la nuestra con desdén. Sólo en Francia, pongo por ejemplo, reinan, según su dictamen, la delicadeza, el buen gusto; acá todo es barbarie y rudeza. . . Entre éstos y aun fuera de éstos sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que prefiriéndola con grandes ventajas a la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él salpican la conversación, aun cuando hablan en castellano. Esto en parte, puede decirse que ya se hizo moda, pues los que hablan castellano puro casi son mirados como hombres del tiempo de los godos.”³²

VI. CONCLUSION

Al poner fin a esta exposición, espero haber logrado mi propósito que fue valorar el esfuerzo realizado por tres de los más importantes ilustrados españoles por hacer comprender a su pueblo, la importancia que merecía su idioma como factor fundamental para lograr la superación tanto espiritual como material, principales elementos en los que se cimienta la verdadera felicidad del ser humano.

³¹ J. F. de Isla, *op. cit.*, p. 197.

³² B. J. Feijoo, *op. cit.*, p. 212.

BIBLIOGRAFIA

- Cadalso, José. *Cartas Marruecas*, estudio preliminar, notas y bibliografía seleccionada por Angeles Cardona de Gilbert y Enrique Rodríguez Vilanova, Barcelona, Edit. Bruguera, S. A., 1967, 222 p.
- Feijoo, Benito Jerónimo. *Teatro crítico universal*, selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo, III vols., Madrid, Edit. Espasa Calpe, S. A., 1968.
- Isla, José Francisco de. *Obras escogidas del padre. . . con una noticia de su vida y escritos*, por don Pedro Felipe Monlau, Madrid, Imprenta de la Publicidad a cargo de D. M. Rivadeneyra, 1850 (Biblioteca de Autores Españoles vol. XV).
- Sarrailh, Jean. *La España Ilustrada*, de la segunda mitad del siglo XVIII (L'Espagne éclairée de la seconde moitié du xviii siècle), Traducc. de Antonio Alatorre, México, F. C. E., 1957, 784 p.

